

A los estadounidenses le encanta el pollo, pero la industria avícola necesita ser reformada

Duración de la lectura: 8 minutos

29 de abril de 2021

Imagínese esto: un gruñido incesante surge de correas transportadoras que nunca se detienen, acompañado por un olor a sangre mezclada con químicos flotando en el aire húmedo. Los empleados trabajan de pie sobre el piso grasoso mientras utilizan tijeras y cuchillos; algunos de ellos trabajan con fiebre pues no les pagan días por enfermedad, y otros usan pañales para adultos pues la gerencia se rehusa a concederle tiempo para ir al baño.

Y en medio de todo, sin pausa, salen constantemente cadáveres de pollos por la correa industrial, a razón de 140 aves por minuto.

Esta es la nefasta situación que viven diariamente muchos de los 250,000 trabajadores en las plantas de la industria avícola (la mayoría de éstos afroamericanos, latinos e inmigrantes indocumentados) que fueron denominados “esenciales” y mantuvieron su empleo mientras que la devastadora pandemia de Covid-19 desataba una serie de cierres en todo el mundo.

Así que, en enero, cuando la administración Biden-Harris rechazó una iniciativa para el aumento en la velocidad de la línea de producción hasta 175 aves por minuto, propuesta por cabilderos de la industria y algunos ex-funcionarios de la Casa Blanca, el Proyecto para la Ley de Empleo Nacional (NELP, por sus siglas en inglés), una organización sin fines de lucro concesionaria de la Fundación Rockefeller cuya meta es fortalecer, proteger, y aumentar el poder de los trabajadores en los Estados Unidos, se tomó un momento para celebrar.

Pero sólo un momento. Aún queda mucho por hacer.

Unas semanas después, Debbie Berkowitz, directora del Programa de Seguridad y Salud Laboral de PLEN y un ex-funcionario principal de la Administración para la Seguridad y Salud Ocupacional (OSHA, por sus siglas en inglés) comparecieron ante el Congreso para pedir más medidas de precaución para la salud y la seguridad.

Como evidencia del valor de las asociaciones inusuales, Berkowitz tiene el respaldo de una alianza, creada por ella misma, entre activistas de los derechos laborales, derechos de animales y seguridad pública. El 31 de marzo, celebraron una vez más cuando un tribunal federal de distrito en Minneapolis dictaminó que el Departamento de Agricultura de los Estados Unidos (USDA, por sus siglas en inglés) había eliminado ilegalmente los límites de velocidad en los mataderos sin haber considerado el aumento en el riesgo de lesiones a los trabajadores.

Actualmente, Berkowitz está tratando de que el gobierno revoque las exenciones concedidas a partir de 2018 por el Servicio de Inspección y Seguridad de Alimentos de la USDA a 54 plantas procesadoras de aves, las cuales permitían que se aumentara la línea de producción a 175 aves por minuto.

[En los momentos más alarmantes de la pandemia, les dijeron a los trabajadores de la industria avícola que su trabajo era vital para que hubiese alimento en los supermercados de los Estados Unidos. Ahora, es nuestro deber apoyarlos -así como a todos los trabajadores esenciales- y asegurarnos de no tan sólo

garantizar, sino aumentar, sus derechos y protecciones”. Otis Rolley, Vice-presidente de la Iniciativa para la Igualdad y Oportunidad Económica, Fundación Rockefeller]

Una línea más rápida significaría más amputaciones, laceraciones y otros tipos de lesiones

Cada año, los estadounidenses consumen ocho mil millones de pollos. Hace treinta años, la mayoría de los consumidores estadounidenses compraban el pollo entero; hoy en día, el 90% del pollo es comprado en trozos o presas procesadas. Los trabajadores de la industria avícola tienen que trabajar largas horas para cumplir con tal demanda. Antes de la pandemia, estos trabajadores, quienes reciben un pago de aproximadamente \$13.76 por hora, enfrentaban una tasa de lesiones laborales 60% más alta que el promedio nacional y una tasa de enfermedad 5 veces más alta, según Berkowitz. Algunos empleados repiten el mismo movimiento 20,000 veces al día.

“La velocidad de la línea de producción es una de las partes más importantes de este trabajo. En la industria avícola las ganancias se obtienen mediante producción y volumen, y esto recae sobre los hombros de los trabajadores con bajo salario, quienes son usualmente personas de color”, expresa la Dra. Angela Stuesse, autora del libro publicado en 2016, *Scratching Out a Living: Latinos, Race and Work in the Deep South*, el cual está basado en su labor con trabajadores avícolas de Mississippi.

“La velocidad de la línea de producción es la causa de muchos accidentes, como laceraciones graves y amputaciones –de las cuales hay muchísimas– y también lesiones causadas por movimientos repetitivos”, expresa Stuesse, quien es antropóloga cultural en la Universidad de Carolina del Norte-Chapel Hill.

“La industria nunca va a autorregularse. La única esperanza para un sistema alimentario más ético es mayor intervención y regulación por el gobierno. Al mismo tiempo, la industria tiene muchísimo poder político, y por eso es que el trabajo que hace NELP es tan y tan importante”, expresó.

El año pasado, tras la llegada del Covid-19, los peligros ya presentes en las plantas procesadoras de aves se multiplicaron. Al mismo tiempo, la pandemia sacó a relucir nuevamente lo mísero de sus condiciones laborales. “La mayor parte del tiempo, el público no ve y no entiende realmente las condiciones en estas plantas; y entonces, el Covid abrió la cortina y develó lo que realmente sucede”, dijo Berkowitz.

A mediados de febrero, unos 57,000 trabajadores de las industrias avícolas y de empaque de productos cárnicos había contraído Covid-19. Sin embargo, según la Red para la Información sobre Alimentos y Ambiente, la cual es la única organización que está tratando de recopilar la información disponible al público sobre las enfermedades y muertes en la industria, esta cantidad podría ser mayor, debido a deficiencias en los reportes. Algunos activistas han comenzado a abogar por días por enfermedad pagos, distanciamiento social, uso de mascarillas y guantes, y mejor comunicación con los empleados.

Las voces de los trabajadores en las plantas avícolas

Es riesgoso quejarse

Los trabajadores de las plantas avícolas hablan muy poco sobre sus condiciones laborales, y Berkowitz estima que sólo el 25% de las plantas tienen sindicatos. “Es muy riesgoso quejarse”, expresa Alex

González, de 38 años de edad, y padre de cuatro niños, que ha trabajado por diez años en la industria avícola tras emigrar de México a los Estados Unidos.

La industria ha invertido muchísimo dinero en comerciales que presentan las condiciones de trabajo como seguras, y si alguien contradice esa imagen “podría enfrentar represalias; aun cuando pido que me provean una copia en español de un documento que quieren que firme, y que está en inglés, se enojan”.

Los pisos grasosos y resbalosos, combinados con la presión de trabajar rápidamente hacen que el trabajo en las plantas sea particularmente peligroso. “Hace como un mes, una señora que iba cargando una bolsa de pollo se cayó y se cortó la frente, y hubo que coserle 17 puntos”, dijo. “El pasado miércoles, un mecánico que estaba tratando de arreglar una máquina, perdió un dedo; pero también están bajo la presión de que tienen que trabajar rápido. A menudo, cuando un mecánico viene a reparar una máquina, hay un supervisor y un gerente parado detrás de él, sólo mirando para que trabaje más rápido”.

Un paro puede cambiar las condiciones de trabajo

En diciembre del año pasado, entre 30 y 40 empleados de la planta de George’s en Springdale, Arkansas salieron del lugar de trabajo para protestar por las peligrosas condiciones de trabajo y lo que llamaban “un intento de la gerencia de ocultar los brotes de Covid-19 en la planta”. Este paro fue el primero de este tipo entre los trabajadores avícolas de Arkansas.

María, de 28 años de edad, fue una de las organizadoras del movimiento y explica cómo esto le dio un nuevo sentido de confianza a los trabajadores.

“Hubo represalias a corto plazo; por ejemplo, me seguían a donde quiera que yo iba, incluso al baño, tratando de intimidarme”, expresó María, quien ha trabajado en la industria avícola por cinco años. “Pero antes, siempre los supervisores nos decían que si tomábamos cualquier acción nos iban a despedir de inmediato. Eso no sucedió. Así que creo que la próxima vez se unirán más trabajadores”.

También expresó que los trabajadores lograron conseguir uno de sus objetivos: un regreso a los turnos de trabajo escalonados para prevenir la aglomeración de empleados durante la pandemia. Sin embargo, la madre de tres niños, de 2, 7 y 8 años respectivamente, dice que es necesario hacer otras reformas. “No quiero que mis hijos trabajen nunca en una planta procesadora”, expresa. “Tienen que tener mejores oportunidades de empleo que las que yo tuve”.

El papel de los consumidores

En 2013, Magaly Licoli trabajaba en una clínica comunitaria en Arkansas y ayudaba a los trabajadores de la industria avícola a conseguir plan médico, cuando llegó a la clínica una madre soltera, de unos 40 años de edad. La mujer había sido víctima de un derrame químico en una planta de Tyson hacía ya dos años; aproximadamente 100 trabajadores tuvieron que ir al hospital a causa de ese derrame. “Tengo huecos en mis pulmones”, le contó la mujer, “y no tengo plan médico ni puedo mantener un empleo”.

“Fue en ese momento cuando empecé a entender que esto es un asunto sistémico”, expresa Licoli. “Una vez que el trabajador se lesiona, es descartado”. Fue entonces cuando se dedicó por completo a aprender todo acerca del movimiento de derechos laborales y se unió a 16 mujeres latinas que

trabajaban en la industria avícola, quienes fundarían *Venceremos* (Overcome), una de un puñado de organizaciones en los Estados Unidos centradas alrededor de los derechos de los trabajadores avícolas.

Los consumidores tienen un papel muy importante: el “poder del consumo”, dice Licoli. “Usando su cartera, el consumidor puede ayudar a reclamar que los trabajadores avícolas sean tratados humanamente, con dignidad y respeto”.

Esto coincide con la misión de la Fundación Rockefeller de fomentar la igualdad económica y racial en los Estados Unidos mediante la ayuda a organizaciones, de manera que éstas puedan usar su presupuesto alimentario para promover el bienestar público y dar prioridad a alimentos cultivados de manera sostenible e igualitaria.

El “Proyecto Hispano”: reclutamiento de personas indocumentadas

Hasta el principio de los años 40, la crianza de aves era manejada casi completamente por granjas pequeñas. La transición a las plantas procesadoras surgió a raíz de la demanda durante el tiempo de guerra. En los años 60, la fuerza laboral era predominantemente negra, mujeres afroamericanas en su mayoría. “Las polleras reemplazaron los campos de algodón”, dijo un defensor de los derechos civiles de Mississippi a Stuese.

Luego, al principio de los 90, la industria comenzó a fijarse en los inmigrantes latinoamericanos y a menudo los reclutaban para relocalizarlos en uno de los cinco estados con mayor producción avícola: Georgia, Arkansas, Carolina del Norte, Alabama y Mississippi.

Algunas compañías lanzaron lo que denominaron el “Proyecto Hispano”, y colocaban anuncios en periódicos de pueblos fronterizos como El Paso, Texas, para promocionar el trabajo en las plantas avícolas sureñas como una oportunidad para una vida mejor.

Según Oxfam, en los pasados 35 años, la velocidad de la línea de producción se ha duplicado, y la temperatura en la mayoría de las plantas es aproximadamente 40 grados, para reducir la proliferación de microbios en los cadáveres de aves. El reemplazo de empleados, que puede llegar hasta 150% al año en algunas plantas, habla por sí mismo. Aun así, los empleados necesitan el trabajo. “Las plantas avícolas explotan a sus empleados, así que contratan personas vulnerables principalmente porque estas personas no pueden conseguir otro tipo de empleo”, expresa Berkowitz.

En su testimonio ante el Congreso, Berkowitz pidió a Washington que duplique la cantidad de inspectores de OSHA, lance una campaña informativa en varios idiomas para informar a los trabajadores sobre sus derechos, actúe para proteger de las represalias a los trabajadores que hablan sobre las condiciones laborales, retire todas las exenciones emitidas en los pasados dos años que permiten a las plantas avícolas aumentar la velocidad de las líneas de producción, e implemente medidas de emergencia para evitar que los trabajadores contraigan Covid-19.

“La protección de los trabajadores no es tan sólo un mandato legal y moral: es un mandato económico y de derechos humanos. Cuando no protegemos a los trabajadores, afectamos la salud y el bienestar económico de toda nuestra familia y nuestra comunidad”.

